

NOTAS SOBRE LA AMISTAD EN MEMORIA DE UN AMIGO

Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla

«Donde está tu tesoro allí está tu corazón»

Embarcarse en proyectos ambiciosos y creativos es uno de los caminos posibles que marcan las insaciables ganas de hacer que tienen muchos hombres. Ese camino suele estar colmado de triunfo y de éxito y algunos creen que es el único para hacer de esta vida algo digno y noble. Radicalizando, fama y dinero parecerían ser los únicos criterios por los cuales el valor propio se *impone* a los demás: eres admirado por tu valor, que vendría mensurado por las cosas que haces, y por ello todos quieren estar contigo y solicitan signos de ti tales como la foto o el autógrafo.

Es verdad que hay otros proyectos creativos y ambiciosos que, aún midiéndose por aquello que se hace, no tienen fama y dinero. Esos tienen que ver con el conocimiento, actividad en la que se invierte mucho tiempo y esfuerzo para descubrir y avanzar en datos que después se publican en un artículo que te pagan mal (si te lo pagan) y que no tiene más repercusión que la de ser leído por unos cuantos especialistas. Raro es el afortunado que, aprovechándose de los miles que le han ido preparando el terreno, saca una ventaja real para la humanidad y cuaja un descubrimiento que puede salvar vidas o mejorar sustantivamente la calidad de la vida de los seres humanos. En general, pocas son las parcelas en las que el progreso en el conocimiento rinde económicamente.

Ambos tipos de proyectos, sin entrar en distinciones minuciosas, tienen que ver con un producir que se puede objetivar en algo externo al sujeto: un disco, una película, un libro... Esa actividad vendría opuesta a la que tiene su inicio y su fin en la inmanencia del sujeto, tal y como podría ser la virtud ética. Esas actividades inmanentes, que perfeccionan a lo subjetivo, también hacen digna la vida del ser humano y la ennoblecen tanto que todos los clásicos y los poetas las han glorificado por encima de las hazañas más notables de la fama. Sin entrar en distinciones minuciosas entre lo inmanente y lo trascendente, pues realmente quiero referirlo aquí a lo que tiene como resultado un objeto o un sujeto, la actividad no productiva del sujeto que más altos calificativos ha recibido es la de la amistad. La amistad es una actividad cuando menos tan absoluta como cualquiera de las productivas y con la que el hombre puede dar su vida por bien empleada.

Generalmente la amistad no está reñida con la fama, pero suele crearse al margen de ella. Así como la fama pertenece a la vida pública, la amistad suele refugiarse en el ámbito privado, en aquellos ratos en los que uno se puede manifestar tal cual es sin los riesgos de la crítica ignorante, precipitada o malintencionada. La amistad repercute en el nivel subjetivo y en la relación personal intersubjetiva en la que dos o más son capaces

de reconocerse como sujetos dignos de existencia y de crecimiento personal. Embarcarme en un tratamiento general de la amistad y del amor entre sujetos es una tarea que sobrepasa mis intenciones en este escrito. Al tener que ser breve prefiero centrarme sólo en un aspecto particular: las relaciones entre amistad y libertad. Lo hago para recordar a una persona con la que tuve el honor de vivir una amistad muy libre o, lo que es lo mismo, una amistad verdadera. Quien haya compartido una amistad con alguien sabrá que no hay nada más grande y menos instrumentalizable. Que tenga que darse en el ámbito de la libertad es algo que le es necesario y que merece una consideración aunque sea rápida.

Entre las condiciones que deben cumplirse para que haya o brote amistad, aunque no sea suficiente para que nazca, está aquella según la cual sólo la espontaneidad que es propia de la libertad puede garantizarla. Si tuviera que, a su vez, resumir las condiciones de la libertad diría sin querer ser exhaustivo que son las siguientes: falta de coacción externa, reconocimiento de la igualdad de las voluntades y afán de servicio. Esas son, a mi juicio, condiciones de una libertad absoluta que, cuando se concretan en el trato continuado con una persona, dan lugar a la amistad recíproca. El trato descubre muchas cosas: la semejanza o diferencia de pensamientos, la disposición del uno para con el otro y también el deseo de conocimiento mutuo. El trato muestra el grado de apertura de uno para con el otro, apertura que debe ir creciendo con el trato mismo. La libertad no es inmediatamente amistad ya que puede haber una hermosa cortesía plena de buena educación sin que exista amistad. El trato asiduo es imprescindible ya que cuando no lo hay sólo puede haber deseos bienintencionados de amistad pero no amistad propiamente dicha. Además, la amistad trasciende las circunstancias: no es de un aquí y de un ahora concreto, no entiende de espacio y de tiempo ya que los amigos quieren estar juntos muchas veces en muchas circunstancias diferentes. Lo demás, posiblemente, sea un familirismo que se diluye al desaparecer el punto de encuentro.

Pero volvamos a la amistad y a la libertad. Decía que una de las condiciones para la libertad es la falta de coacción externa. Creo que es evidente que a nadie se puede obligar a ser amigo de otro. Ciertamente es que compartir el tiempo en coincidencia de lugar abre las posibilidades de la amistad porque nos pone en disposición del descubrimiento del otro. Pero la amistad es imposible por y a través de la coacción. Coacción es sometimiento de la voluntad, ruptura de la espontaneidad y de la personalidad y ello impide la manifestación del yo tan básica para la amistad. La coacción muestra la fuerza y la personalidad del amo, no la del coaccionado. Por ello también es claro que no puede haber una amistad a distancia, apartada de cualquier trato. La admiración es un componente de la amistad pero no su ingrediente único. En la amistad los dos deben alegrarse del trato y no sólo uno mientras el otro es ignorante de la personalidad del otro. Eso ocurre en la admiración hacia el maestro o hacia el artista y el creador. El trato debe hacer familiar al otro y en la coacción difícilmente puede relajarse la situación para prestar un servicio por y exclusivamente por el otro más que por obediencia temerosa a un señor que ordena amenazando con cualquier tipo de violencia.

La falta de coacción, el movimiento espontáneo hacia el trato, se abre a otra de las relaciones de la amistad con la libertad: la posibilidad del reconocimiento de la igualdad de las voluntades. Cada uno, especialmente mientras más inmaduros somos, solemos encerrarnos en nuestras circunstancias y magnificarlas, incluso vivir para ellas. Se puede, por poner un ejemplo significativo en nuestro tiempo, vivir para la profesión y enfocar

todo desde ella. Incluso se puede, aumentando la mezquindad, vivir desde la más pequeña parcela del interés profesional. Tendemos a fagocitar al otro dentro de nuestras perspectivas estrechas. Todas las circunstancias de la dialéctica del señor y del esclavo están bien estudiadas por Hegel y se pueden aplicar a lo que se produce en la tirantez del comienzo de las relaciones con los demás. Podemos pensar que los demás son anodinos, que se ocupan de cosas poco interesantes, que están alienados por muchas circunstancias, todo un sin fin de orejeras, prejuicios e incluso gafas de ciego. Pero hay veces en las que algo nos dispone para romper con toda esa relación viciada: un comentario, un gesto que llama la atención y hace reflexionar, señales que nos ponen sobre aviso de que algo interesante está ocurriendo y que hasta entonces había pasado desapercibido. La falta de coacción externa posibilita el descubrimiento del otro, pero éste no comienza a surgir hasta que el otro llama la atención con su presencia, una atención que cause interés y preguntas y no, por supuesto, aquella otra que causa la vergüenza por el comportamiento ajeno.

Esas primeras inquietudes van poniendo al otro en un plano en el que se va admitiendo que el otro nos sostenga la mirada y no se limite a bajarla ante una mayor potencia. El reconocimiento progresivo de la igualdad de las voluntades es el único camino para iniciar la andadura de la libertad una vez que se da la falta de coacción. Si no hay ese reconocimiento no puede haber encuentro y se frustra cualquier apertura al otro. Quizás tan sólo haya servidumbre y sometimiento al mayor mundo del otro, mundo donde uno mismo es tan sólo una pieza. La amistad reconoce la presencia de dos proyectos de idéntico valor en lo que se refiere a su capacidad de formulación como tales. Eso nos lleva a una ética de la afirmación del yo del otro y del propio yo. Es una ética del reconocimiento de la dignidad absoluta de los sujetos entendida ésta como la afirmación del derecho de cada uno a disponer de sí mismo. Y la amistad comienza a surgir en este descubrimiento y trato. El descubrimiento y reconocimiento de la igualdad de las voluntades engendra siempre un misterio y una apuesta. El misterio es pregunta por cómo es el otro que se va desplegando en el tiempo. Ese misterio abre, al menos, hacia el respeto y la tolerancia y en su cima más alta se abre al amor de benevolencia. La apuesta es previsión del tesoro que el otro acrisola en su alma.

Pero de ese misterio somos en cierta medida responsables y, también en cierta medida, esa apuesta resulta un tanto tramposa puesto que el yo del otro es algo que tenemos que compartir en el trato y que, en el tiempo que permanecemos juntos, es algo a lo que ayudamos a formar. Es verdad que, siempre relativamente, somos responsables del yo de los amigos. A esa actitud de construcción mutua me refería cuando hablaba de que una de las condiciones de la libertad que construía la amistad era el afán de servicio. Un servicio sin esclavitud. La pregunta que podría surgir sería: ¿cuál puede ser el propósito de esa libre servidumbre? Seguramente no la supervivencia propia sino disponer y mejorar al otro: hacerlo más valioso. Pero no se trata de usurpar responsabilidades que sólo corresponden al yo. Además, dicho así, resulta muy peligroso puesto que la amistad dejaría abierta la puerta a la instrumentalización del otro. Disponer y mejorar no pueden entenderse sin su reflexivo: disponerse y mejorarse. Quizás sea mejor entender esta característica desde su reflexivo para no dar la impresión de que el fin de la amistad es moldear al otro según los propios criterios de lo bueno y lo malo. Lo interesante del afán de servicio es que se aprende lo bueno y lo malo mientras se sirve, en contacto con el otro. Al otro se le sirve dejando que se manifieste tal cual es y evitando todo aquello que puede impedir

su desarrollo. Sirviendo aprendemos. Disponerse es ser capaz de manifestarse tal cual se es, abrirse al otro como si fuera la propia conciencia y dejar que el otro juzgue. Posiblemente esa sea una importante piedra de toque para la amistad ya que no estamos dispuestos a admitir como válido o como pertinente el juicio de todo el mundo. Del amigo sí lo estamos porque admitimos en él la buena fe y el afán de mejora. El amigo quiere mejorarse para el amigo y quiere mejorar al amigo en la esfera que le permite el respeto a la personalidad del otro. Podría parecer que eso está reñido con el afán de servicio en tanto que servir puede confundirse con dejar estar y rendirse sólo a las apetencias del otro. A veces es así y la prudencia propia de toda acción así puede recomendarlo. Pero lo propio del amigo es la ayuda y no sólo en el sufrimiento sino fundamentalmente para la realización del yo. El afán de servicio es construir y construirse dejando que los sujetos, el uno y el otro, se manifiesten como son, respetar el desarrollo del otro y quitar las piedras que puedan hacer que tropiece en el desarrollo de su personalidad.

La amistad es una de las fuentes más importantes de conocimiento del alma humana: el esfuerzo de exposición personal y de clarificación propia que supone la relación con el otro hace que nos conozcamos como sujetos y la visión recíproca del otro hace que objetivemos a otro distinto de mí. A esa forma de obtener conocimiento de lo humano se le ha sacado poco jugo temático. Una llamada a una consideración más amplia de estas ideas sería la propuesta práctica más importante de este esbozo. Todo ello porque la amistad es la forma más amable de progresar y de afianzar el carácter, de construirse en comunión con otros seres humanos.

* * *

Algunos podrán pensar que mi contribución al homenaje al Prof. Manuel Pavón es fríamente filosófica. Nada más lejos de la realidad. Con él y junto a él aprendí las cosas que he escrito: era mi amigo. Con él he compartido mucha vida y todo lo que antecede está lleno de recuerdos suyos. He querido que mi contribución sean unos apuntes de un amigo filósofo para otro amigo filósofo. Están dedicados a un ser humano del que estaba orgulloso como hombre y como profesional y con el que compartí tanto momentos buenos y malos como para poder haber escrito otro tipo de aportación. Pero esos momentos prefiero dejarlos en mi corazón y no divulgar su intimidad grandiosa.

* * *